



Manuel Fernández Bustos, 75 años.
Alberto Bravo, 18 años.

Un nacimiento sombrío, una vejez llena de luz

Contra el abandono de sus padres hizo uso del valor y el coraje; frente a las injusticias que se le presentaron no escatimó en astucia; para el amor, hizo gala de su valiente picardía. Así es Manuel, "un luchador incansable", como él se define, quien a lo largo de la vida ha ido ganando la batalla a la enfermedad, la pobreza y la soledad.

Manuel Fernández Bustos no ha tenido una infancia ni una vida fáciles. Nada le fue regalado. Nació el 29 de junio de 1931, acogiendo los dos apellidos de su madre, ya que, a día de hoy sigue sin conocerse con certeza quién fue su verdadero progenitor. Manuel llegó al mundo solo, pues el marido de su madre se desentendió de él, rehusaba de la paternidad por pura lógica matemática: en el momento de su concepción él no se encontraba en el lecho junto a su mujer, sino en la cárcel. Debido al rechazo paterno y a las malas condiciones de la familia, Manuel fue abandonado a su suerte en la inclusa, una maternidad de la época en la que mantenían a los bebés que no podían ser atendidos por sus padres.

Privado de todo cariño maternal, Manuel convivió allí entre enfermeras y demás bebés desgraciados hasta los seis años, momento en el cual fue trasladado al Colegio San Fernando de Madrid, donde conviviría con cientos de internos más hasta los dieciocho años.

Tan sólo durante el paréntesis de la Guerra Civil, Manuel pudo salir de ese internado, al que eufemísticamente llamaban colegio, para aterrizar en una casa de acogida de una pareja de Navatalgordo, a la que la Diputación de Madrid pagaba tres pesetas diarias por su manutención. Pero verdaderamente, era esta pareja la que requería de ayuda, pues las condiciones de vida eran aún peores que las del estricto régimen del colegio. Manuel era obligado por estos familiares provisionales a pedir limosna de puerta en puerta en este pueblo abulense, bajo el frío y desamparo de terribles inviernos.

Cuando por fin terminó la Guerra para suerte de Manuel, volvió al colegio donde, al igual que para gran parte de los españoles, posguerra significaba hambre. El joven y sus compañeros completaban el ínfimo menú del comedor con excursiones al campo en las que recogían bellotas y asaban lagartos para calmar esa hambre tan atroz.

Por fortuna, la dirección del colegio que la ejercían civiles fue cambiada por la de los salesianos, que emprendieron dos reformas claves para la felicidad de los chicos: raciones más abundantes y nutritivas, y la búsqueda incansable de los padres de los muchachos, que en el mejor de los casos habían dejado algún nombre o la vaga denominación de un barrio o una calle de alguna remota aldea.

En este aspecto, Manuel tampoco tuvo suerte, aunque gracias a la inestimable ayuda del capellán, el padre Joaquín, y a sus indagaciones en los archivos del colegio, pudieron recabar información acerca del paradero de su madre: Santa Cruz de Mudela, un pueblo de Ciudad Real. Hasta allí se desplazó una empleada del colegio en búsqueda de la madre perdida, que una vez más renegaba de ese hijo. No obstante, bajo la luz de los hechos y las pruebas, acabó por admitirlo y fue a visitarlo.



Francamente, los hijos abandonados no esperaban la llegada de sus padres para restablecer los antiguos lazos familiares, nada más alejado de la realidad. Lo que ansiaban los chavales no era sino escapar a una mejor vida. Por ello, cuando Manuel se reencontró con su madre se decepcionó sobremanera. No se despertó aquel sentimiento emotivo tan característico de los programas de sobremesa, sino que su frustración se acrecentó al notar que su familia soportaba mayores calamidades que él mismo. Así pues, se produjeron una serie de encuentros infructuosos con su madre, descubrió que tenía un hermano y una hermana, y volvió a desatarse la furia paterna.

Manuel no tuvo más remedio que “sacarse las castañas del fuego”, una vez más, solo. Como en este colegio-internado, los expósitos además de estudiar los conocimientos básicos, iban aprendiendo un oficio con aplicación directa en el mundo laboral, Manuel aprendió la noble profesión de zapatero. Por ello, cuando cumplió la mayoría de edad, los salesianos se encargaron de encontrar su primer trabajo: enmendador de zapatos deportivos en Calzados Ibáñez. Y, contra su voluntad, Manuel dio un paso hacia una nueva vida casi independiente, ya que con el misero sueldo que ganaba apenas podía pagar la pensión mensual, y necesitaba acudir de nuevo a los salesianos en busca de ayuda para llegar a final de mes. Cambió a otra zapatería bajo la tutela de una joven pareja, pero como los ingresos continuaban siendo insuficientes, Manuel actuó con astucia para volver al confortable colegio: comunicó a los sacerdotes que esa pareja vivía su sexualidad, ¡sin estar casados! En cuanto el director del colegio tuvo conocimiento de ello ordenó su inmediato retorno.

Tras una temporada en el colegio se sucedieron una serie de trabajos que poco tenían que ver con aquella vocación forzada, desde capataz forestal hasta funcionario de Correos. Fue en esta labor en la que desempeñó un camino ascendente, donde por primera vez saboreó el éxito y disfrutó de pesetas dedicadas al ocio. Comenzó como cartero interino, pero pronto pudo permitirse el pago de una pensión sin ayuda de los religiosos.

En pleno apogeo económico y social, Manuel conoció su primer y único amor: la cordobesa Isabel, cuyo comienzo fue bastante pintoresco. Un día, el joven Manuel paseaba por Ciudad Jardín y una chica se le acercó: “Perdone, sabe dónde está el número sinco de esta calle? A lo que le respondió Manuel: “No, en esta calle no hay ningún número sinco”. “¿Cómo que no? Pero si mi tita vive allí”, contestó ella. Manuel comenzó a reírse y le dijo que el número que ella buscaba era el cinco, no el sinco. Con su gracia andaluza, Isabel supo recoger el guante, y se lo devolvió con travesura. De este encuentro surgió una sólida relación que se prolongaría hasta el día de hoy.

En fin, habíamos dejado a nuestro protagonista en el mejor momento de su vida. Tenía dinero gracias a su bien remunerado trabajo como cartero, por el momento álgido que atravesaba Correos: era la época de las emigraciones, y los emigrantes a los países europeos mandaban regularmente dinero a sus familiares, y estas esperadas correspondencias siempre proporcionaban generosas propinas a Manuel. También, gozaba de gran salud, pese a un incidente acaecido en su infancia que le provocó un desprendimiento de retina y la consecuente pérdida de visión en el ojo izquierdo. Esto no le habría supuesto mayor problema de no ser porque, debido al examen médico, le dificultaba en gran medida el poder opositar a un mejor puesto de trabajo. Pero sobre todo tenía amor, una tierna relación con su Isabel, que le regaló la paternidad de una preciosa niña.



Sin embargo, estas positivas circunstancias no significaron el cese de hostilidades con su mala suerte. En esta ocasión, con el servicio militar. Él, que guardaba un grato recuerdo de esta institución porque los militares que se encontraban provisionalmente en el colegio regalaban a los jóvenes sus sobras -para ellos, manjares-, cambió su opinión cuando llegó el llamamiento -o, mejor dicho, no llamamiento- a prestar servicio militar. Debido a un despiste de Manuel y a un error de los funcionarios, Manuel se había convertido sin saberlo en un prófugo ante la justicia y en un desertor frente a la patria. Ajeno a toda polémica, el joven se presentó ante el coronel para conocer por qué no había sido llamado a formar filas. Cuando el militar escuchó que se trataba de Manuel Fernández Bustos estalló en insultos, improprios, maldiciones, blasfemias... y por poco no llegó a las manos. Inmediatamente fue llevado a la evaluación militar y al reconocimiento médico.

Pero esta vez su desafortunado desprendimiento de retina y su locuacidad y persuasión frente a un comprensible médico del Hospital de Carabanchel, le devolvieron toda la suerte que antaño no había existido. Así pudo librarse de ir a la "mili", ante la mirada incrédula del iracundo coronel.

A partir de entonces, Manuel pudo disfrutar de una vida más holgada y próspera. Continuó trabajando de cartero hasta que en 1991 se jubiló. Desde entonces vive feliz con su esposa, con la que lleva 51 años, y visita regularmente a su hija y a sus dos nietos. Esto no quiere decir que por una vez su actividad haya cesado, pues ejerce de vicepresidente en su asociación -e incluso se está preparando como candidato a la presidencia- y, ya que su mujer tiene problemas de movilidad, es un completo amo de casa.

Debido a esta dificultad de Isabel, sus bodas de oro no pudieron celebrarse como habían imaginado. Por ello, el deseo de Manuel es poder celebrar el aniversario de las nupcias con sus amigos más allegados, a fin de regalar a su esposa aquello que tanto ansía: su felicidad.

Lo importante de la vida

"La vida es un luchar continuamente", afirma rotundo Manuel, para quien durante mucho tiempo vivir ha constituido un sinónimo de sufrir.

Manuel asemeja el transcurrir de la vida a unas vacaciones. Mediante esta metáfora, explica que en ambas, el comienzo, "los primeros días", resultan divertidos, se reciben con alegría y optimismo. Sin embargo, llega un momento en el que en vez de mirar al futuro con confianza y al pasado con arrogancia, se observa el pasado con nostalgia y al futuro con miedo. Manuel es sincero: teme a la muerte. Le causa un terror incomparable, hasta tal punto es tan grande ese sentimiento de angustia, que hubiera deseado no haber nacido para evitar enfrentarse a éste.

Reflexionando sobre la cuestión más trascendental del ser humano, reconoce que, aunque nació en la más absoluta oscuridad, el paso de los años fue iluminando su recorrido. Isabel fue un haz de luz en su desolada existencia. Si en este apartado hay que nombrar a alguien, es a Isabel. Pues ella es su vida.

De hecho, hace cuatro años, Manuel e Isabel vivieron uno de los mejores momentos de sus vidas. El prestigioso Hotel Palace de Madrid celebraba su 90º aniversario, y la



pareja fue una de las privilegiadas en asistir al evento en calidad de invitados de honor. Se convirtieron en rey y reina por un día y pudieron disfrutar de una maravillosa velada y de todas las comodidades de este hotel de lujo. Pero aunque pareciera algo irremplazable, él cambiaría gustoso las cinco estrellas de un hotel por festejar los cinco decenios que lleva compartidos con su esposa. Todavía se atreve a augurar un futuro esperanzador y lleno de vida junto a ella. Y es que Manuel no se rinde tan fácilmente. Tiene ganas de vivir el día a día porque, al fin y al cabo, para él “aún no se han acabado las vacaciones”.